

Vino el día y con él la hora señalada en que había de venir don Antonio, que fué tan puntual como ella; y siendo avisada de Leonisa, dejando á mi tía en su oratorio, salí á recibirle, exagerándome su dicha con tan amorosas razones, que engañaran á la mas prevenida; dile crédito, quedando entre los dos ajustada la correspondencia con la condicion referida, que revalidó con muchos juramentos. Algunos días duró nuestro amor sin zozobras; pero ¿cuándo no suceden á los infelices, y mas á quien lo era como yo! Sucedió pues que, llegando á noticia de doña Juana nuestra voluntad, trató su venganza de esta suerte.

Vivia frente de mi casa una señora, ya de mucha edad, y con tan gran miseria, que lo pedía para poderse sustentar, á la cual diversas veces yo habia socorrido con tanta liberalidad, que su boca era la que me ponía límites; esta pues tenia entrada á todas horas en mi cuarto; vió en él un día á don Antonio, y habiéndole saludado, le preguntó su estado y calidad, á que le satisfizo dándole noticia muy á su gusto, de que recibió mucho contento Matilde, que este es su nombre, y habiéndole dicho don Antonio su intento, lo aprobó, ponderando cuán acertada era su pretension por mi hacienda, nobleza y méritos, ofreciéndose seria nuestra estafeta en el interin que no se concluía el casamiento, trayendo los papeles que se ofreciesen. Agradecíle este agasajo, y dióle don Antonio algunos reales; despidióse gustosa, llevando estas nuevas á doña Juana, que se las pagó con mucha largueza, valiéndose de esta mujer para vengarse de mí. Encargóle el secreto de su mal deseo, ofreciéndole grandes premios si lo conseguía, alentándola Matilde con el seguro de su favor, con cuya oferta se dispuso á solicitarme todos los disgustos posibles. Con este intento viniendo á visitar á mi tía, le dió noticia de mi amor y cuán adelante estaba la correspondencia entre don Antonio y yo. Hizo mucho sentimiento doña Bárbara, que este es su nombre, con esta nueva, tratando de saber por mas menudo la verdad, siendo de ahí adelante un árgos en la custodia de su casa y mi persona, sin darse por entendida hasta averiguar la verdad.

Con estos inconvenientes pasaron algunos días que no pude ver á don Antonio, y enviando á Matilde á saber la causa de su olvido, la dió un papel en quien venia un retrato que habia hecho en ecos, harto difícil metro, al asunto de haberle yo despedido por no aumentar los cuidados de mi tía, viendo que si aseguraba sus recelos, habia de ser la que padeciese mas zozobra. El papel decia:

«No podrán, bellísima Anarda, los azares que suceden en mi amor ser equivalentes á borrar del pecho tu imagen; tanta perpetuidad le aseguran mis cariños y tanto merece el idolatrado dueño de mis potencias; tan fija vives en mi memoria, que el tiempo, que todo lo consume, y el olvido, que todo lo borra, han perdido del todo sus fuerzas para conmigo, que te amo firme y tolero constante,

» DON ANTONIO. »

Este, junto con el retrato, vino á mi poder por Matilde, que regocijada me lo trajo, diciéndome cuán lastimado quedaba don Antonio por no poderme ver. Aquí le pidió Periandro refiriere el retrato, si se acordaba, á que Anarda satisfizo diciendo: Si mal no me acuerdo, era este.

RETRATO DE ANARDA EN ECOS.

Tu hieldad que me despide	Mina de Tiro y Sidon,
Pide á mi amor que se aniba,	Don que tributan las Indias.
Niña, que te haga un retrato,	Su cuello atlante divino
Tralo mi alcion codicia.	Vino á ser, pues su portia
Principio por tu cabello,	Fia que sustente un cielo,
Bello prodigio que aviva,	Hielo que su aliento anima.
Viva esta fe que renace,	En su talle que se ajusta,
Nace de solo su vista.	Justa la razon lasciva,
A tu frente mariposa	Iba á decir que el donaire
Osa mirarla atrevida,	Aire en su garbo publica.
Vida que se pierde en ella,	Tan ajustado prepara,
Ella se gana á sí misma.	Para, mueve y solicita,
Tus cejas que en dos arpones	Cita á todo humano pecho,
Pones, con que amor esgrima,	Hecho á sentir sus heridas.
Grima publican y enojos,	Tus bellas manos, zagala,
Ojos por saetas vibran.	Gala que el abril mendiga,
De azabache negras flechas	Diga que la dan prestado
Hechas, y aunque se retiran,	Estado á su bizarría.
Tiran el alma tras sí,	El vestido que descubre
Si que son de iman tus niñas.	Cubre para mis desdichas
La nariz que te conviene	Dichas que lograr espero;
Viene porque amor lo afirma,	Pero no llega su día.
Firma bien proporcionada,	A tus piés llegué postrado,
Nada grande, nada chica.	Hado feliz me seguía,
Porque ella al abril socorre,	Guia que supo en un punto
Corre, y en su rostro admira,	Punto poner en dos cifras.
Mira entre bellos desmayos,	Retrato bello de Anarda,
Mayos hechas tus mejillas.	Arda esta llama que avivas,
La grana en labios provoca	Vivas cual fénix ingrata,
Boca breve que fulmina,	Grata mi amor te conliga.

Exageró Periandro lo bien escrito, que no fué poco para quien estaba enamorado afabar en presencia del objeto amado otro sugeto; pero no quiso lucir ponderando faltas ajenas, que es de muy ruines pechos acreditarse con pérdida del favorecido; tienen los tales la propiedad del camello, que al tiempo de beber enturbia con sus piéslas aguas, no sé si es por no verse, ó porque le parece que les da mayor claridad: ¡oh condicion brutescas de muchos que entienden que ellos solos son los entendidos, siendo la misma ignorancia!

Viéndome pues alabada y cortejada de este caballero, como tengo dicho, determiné resolverme, á pesar de mi tía, á darle entrada en mi casa por una puerta falsa que de un jardin salía á otra calle mas retirada del concurso y trato; y avisándole con Matilde para la siguiente noche, habiéndole dado la llave para que se la entregara, la despedí diciéndole que yo le esperaria entre dos sauces junto á su fuente con Leonisa, que estaria avisada de todo.

Vino la hora, y dejando retirada á mi tía, me bajé al jardin á esperar á don Antonio, el cual vino, y siendo avisada de Leonisa, sintiendo abrir la puerta, le salí á recibir con los brazos, y él con los suyos me correspondió con muy amorosas razones, exagerándome su dicha, y pidiéndome con ruegos premiara sus deseos, volviendo á revalidar la palabra que me habia dado de ser mi esposo, haciendo testigos á los cielos y á Leonisa de su cumplimiento, con que le di entera posesion de mi honor. No tuvimos tan cumplida esta dicha que

no sucediese que dándole un dolor de ijada á mi tía, achaque que padecia de ordinario, no despertase, y llamándome, conociendo mi falta, se levantó, y saliendo á una vistosa galería cuyas ventanas salian al jardin, viese, por estar Cintia en su plenilunio, nuestras personas, y dando muchas voces llamase á los vecinos á su socorro: quien se ofreció mas apriesa fué Matilde, que, como tengo dicho, vivia frontero, por lo cual fué de las primeras que acudieron á las voces de doña Bárbara. No se tardó mucho doña Juana con sus padres, por vivir muy cerca, llenándose en breve la casa, siendo fuerza á toda prisa el ausentarnos don Antonio y yo por la misma puerta del jardin, sin mas prevenicion que la que nos dió lugar el suceso tan impensado de todos.

Llévome á una casa de una deuda suya, y sin decirle quién yo era, prevenidos dos caballos, salimos de Segovia antes del amanecer, siguiendo inusitados caminos para no ser hallados si acaso nos siguiesen: llegamos á una poblacion, distante de la ya dicha ciudad cinco leguas, y en esta, previniendo lo necesario para nuestra jornada, estuvimos dos días, en los cuales pedí á don Antonio hiciera nos desposase el cura, el cual me dió por disculpa que era fuerza verme alguno de mi patria, que por ser tiempo de feria acudían muchos mercaderes á este lugar á hacer sus empleos, remitiendo esta diligencia, bien deseada de mí, para Sevilla, adonde dijo era nuestro viaje. Salimos pues de este pueblo un martes, que para mí lo fué, ya puesto el sol, y habiendo andado á mi parecer dos ó tres leguas, llegamos al bosque donde me hallásteis, cuando el cielo comenzó á fulminar gran copia de truenos y cantidad de relámpagos, que nos obligó á retirarnos entre lo oculto de unas coposas matas para guarecernos de tan repentino accidente.

Bien habria mas de una hora que allí estábamos, cuando, llegándose á mí don Antonio, sacando la daga, me dió sin poderme defender las heridas que visteis, y tengo por sin duda me acabara si á este tiempo no sintiera ruido de unos arrieros que pasaban; con lo cual sabiendo en su caballo y cogiendo del diestro el que para mí habia comprado en Segovia, se partió á toda prisa, dejándome desmayada, hasta que á largo espacio volví, y no hallándolo y viendo que me iba desangrando, di voces sin provecho; pero el cielo os trajo, y sintiendo los relinchos de vuestro caballo, os llamé, hallando en vos el amparo que en el interin que el cielo me diere vida confesaré para agradecerlo con las obras que tan desdichada mujer puede á quien debe la vida que goza.

Aquí llegaba la discreta Anarda, cuando vieron bajar de la cumbre de un monte dos gallardos manchos en dos famosos andaluces brutos; los cuales, así que fueron vistos de Anarda, fueron conocidos, el uno por doña Juana, y el otro por Leonisa. Admirada de verdad quedó la dama de verlas en aquel traje; pero disimulando al tiempo que emparejaron con ellos, cubierto el rostro Anarda, les preguntó Periandro adónde caminaban,

N-II.

respondiéndole que á Sevilla, de donde eran naturales, y que venian de Segovia; aquí les preguntó lo que habia de nuevo, ofreciéndoles su compañía junto con la de la dama hasta la misma ciudad; respondió doña Juana agradecida á su oferta diciendo: Lo que en Segovia hay de nuevo, Señor, es que ha faltado una dama muy principal y rica de la casa de una tía suya, yéndose con cierto caballero sevillano, que dicen la sacó una noche por la puerta de un jardin; por cuya falta la tía de esta señora ha muerto de sentimiento, nombrándola heredera universal, con tal que se case con el sevillano; tambien se decia que de allí á dos noches faltó una doña Juana de Silva, que era grande amiga de esta dama, junto con una criada llamada Leonisa; no hemos sabido yo y este criado otra cosa, por partirnos muy apriesa á nuestra patria.

Disimuló cuanto pudo Anarda su sentimiento, y llegaron á un lugar, una jornada de Sevilla, donde descansaron, ofreciendo Periandro no desamparar á Anarda hasta dejarla casada ó vengada, dándole cuenta ella de quién eran los pasajeros, y ofreciendo este caballero el disimulo hasta su tiempo.

Aquí le preguntó la dama quién era á Periandro, que aunque sabia su nombre, ignoraba su calidad y estado y la causa que le obligaba á dejar su patria; pues el traje lo publicaba extranjero, aunque el valor lo acreditaba propio; el cual, por pagarle la que le habia dado, estando ambos solos, satisfizo de esta suerte:

Roma, cabeza de la militante Iglesia, digna corte del supremo vice-Dios, es mi patria; célebre en grandeza, magnífica en suntuosos templos, madre y refugio de peregrinos, centro de la nobleza, y epílogo universal de la hermosura; mi calidad la que un tiempo se vió en la cumbre de la felicidad, alcázar de la dicha, y en el sagrado monte de la mayor grandeza; esto es deciros tuve ascendientes que ocuparon la excelsa silla de Pedro, sin segundo y primado apóstol. Dejo de referiros mi educacion, pues no se puede poner duda seria en todo correspondiente á mi naturaleza; pasando á lo mas importante, para no cansaros con mi narracion, rico en bienes de fortuna, traté de los acostumbrados divertimientos que los de mi edad cursaban, como son damas, hacer mal á caballos y acudir á las casas de juego, si bien esto último fué lo que menos arrastró mi natural, inclinándome mas á los dos primeros vicios en que la ociosa juventud se ejercita; por lo cual habiendo llegado á los cuatro lustros de mi edad, me cautivó la voluntad una principal señora y de la mas conocida nobleza que se hallaba en mi patria; á esta, cuyo nombre es madama Victoria, de la esclarecida casa Farnesia, vi, quedando tan pagado de su hermosura como cautivo de su discrecion: fui bien admitido á los principios, si bien fueron presagio de desastrosos fines. Habia otro caballero alemán y de los de mayor calidad en aquel reino, cuyo nombre era Oracio Picolomi, mi igual en sangre, aunque no en riqueza, pero en las partes personales muy aventajado; este puso los ojos en el blanco de mi deseo, iman de mi

voluntad, y centro de mi amor; por lo cual llegué á sentir el severo rigor de los bastardos hijos del vendido cipriota; era mi competidor dichoso, con que os digo que fué bien admitido. Cursábamos la calle de mi esquivo dueño, procurando cada uno aventajarnos en el lucimiento, haciéndole yo conocidas ventajas por hallarme con mas posibilidad. Acaeció pues que hallándonos un día en la plaza del embajador de Francia, mi competidor quiso oponérseme en cierta disputa, y aunque yo á los principios procuré obviar este lance, anduvo tan poco atento, que me obligó á desmentirle, de que resultó el salir á campaña, donde nos acometimos tan valerosamente, que pudiéramos poner envidia al guerrero Marte; pero como estaba de mi parte la razón, tuve tanta dicha, que lo dejé mortalmente herido; y viendo el riesgo que corría mi persona si me detenía, acudiendo á mi posada, tomé el dinero y las joyas que pude hallar, partiéndome á toda priesa para España, dejando un papel escrito para mi dama, en donde le daba cuenta de este suceso. Llegué al cabo de algunos meses á la corte, en quien fui agasajado de algunos príncipes de mi nación, y en particular del nuncio apostólico, por ser cercano deudo mio; solicitó este príncipe mi perdón del prudente monarca Felipe, pero no se pudo conseguir por ser la parte poderosa. En medio de estos ahogos supe cómo un deudo de mi enemigo había llegado de secreto á Madrid con intento de darme la muerte; esta nueva me dió un criado que se vino conmigo, el cual queda en la corte para informarme de los designios de mi contrario y mi deudo solicitando nuestras amistades y el perdón. Yo, viendo mi riesgo, me determiné poner tierra en medio, y con ese caballo hice de noche mi ausencia hasta que llegué á Segovia, donde descansé dos días, en los cuales tuve aviso por mi criado cómo otro de mi contrario me seguía; por lo cual á toda priesa dejé la ciudad, siguiendo inusitadas sendas hasta que perdí el camino, llegando al monte donde pude serviros, dando gracias al cielo de haber sido tan dichoso.

Mucho gusto recibió la bella Anarda con la relación que Periandro le hizo de sus sucesos, dándole las gracias de haberla hecho depósito de su secreto. Pasaron aquel día en este pueblo, y puesto el sol, trataron proseguir su viaje: vió doña Juana á Anarda sin rebozo, y quiso conocerla; pero no descubrió su pecho, por hallarla algo demudada con la señal de la herida y en poder de Periandro, hombre que ella jamás había visto; lo mismo le sucedió á Leonisa, que aunque muchas veces quiso llamarla, lo excusó, imaginando no era posible fuese Anarda la que veía. Así pasaron sin declarar sus persuasiones hasta que llegaron á Sevilla, madre de tantos naufragios, y archivo de tantas flotas.

En esta pues hicieron su asiento, y tomó Periandro posada competente, se acomodaron, despidiéndose de doña Juana y Leonisa, por decirles ir en casa de un deudo suyo que les tenía prevenida posada en las de un perulero, hombre rico y de los de mayor crédito en aquella ciudad; quedando en que el tiempo

que estuviesen en Sevilla se visitarían y asistirían en lo que se les ofreciese, sospechando Anarda si doña Juana venía en busca de su fugitivo amante. Cuidó Periandro con toda diligencia buscar á don Antonio en aquel laberinto de forasteros, sirviéndole de hilo para salir con su intento la introducción que tuvo, así con naturales como con extranjeros, con su natural bizarro y cortés agasajo. Hallólo en uno de sus muchos garitos ocupado en sus ejercicios, vicios que había de privar con toda severidad la república, como fuentes de los que ocasionan, que son deshonor y pobreza al que los cursa; que habiéndole avisado lo había menester en el arrenal, puesto acomodado para su propósito, se levantó don Antonio, diciendo á los tahures le traían una partida, y que el que se la había de dar se iba, causa de no poder proseguir, pero que volvería en breve con ella y proseguiría con mucho gusto, á que los camaradas le dijeron acudiese, y de paso uno le acordó la galantería que usaba en esperarle lo que le debía para conseguir la paga. Con esto salieron los dos al puesto dicho, y Periandro rompió el silencio con estas razones.

Por saber no podeis negar lo que os preguntaré, os he sacado á este puesto. Y mostrándole los papeles que Anarda le dió que don Antonio había escrito, le dijo: ¿Conoceis esta letra? ¿Sabéis las obligaciones que á esa dama debeis? Respondió. A que don Antonio turbado dijo no conocerla, ni menos la dama que le decía. Volvió Periandro á decirle: No conoceis á la señora Anarda, que, creyendo vuestros fingidos halagos, os dió posesión de su persona, de vos tan agradecida, que la heristeis de muerte en lo oculto de un monte, y la dejásteis burlada procediendo contra las obligaciones de caballero, que decís que sois, y yo dudo, viendo las acciones tan contrarias que decís? Aquí respondió don Antonio no debía tal, y que le satisfaría con la espada, á que Periandro satisfizo con la misma, dándole dos estocadas, de que cayó pidiendo á voces confesión á tiempo que venían dos religiosos forasteros de la orden del humano Serafín, los cuales llegaron, con cuya venida se ausentó Periandro; y sin decirle la causa, previno para mudarse á Triana, dando por excusa que no le contentaba aquella posada. Dejemos acupados á estos caballeros, y volvamos á nuestro herido don Antonio, el cual, viendo que por instantes fallecía su espíritu, le reveló al religioso todo lo que queda dicho, y le dió la mano para que en su nombre se la diera á Anarda, si es que el cielo le daba noticia de su persona, ofreciendo el alma á su Criador en los brazos de aquel padre espiritual, el cual llegó á Sevilla, y dando cuenta al asistente, se enterró el malogrado don Antonio, haciendo diligencias para hallar el agresor; mas no fué posible por haberse mudado, como dijimos, á Triana.

No se descuidó fray Alvaro Cruillas, que este era su nombre, en buscar á Anarda; é informándose de su casa secretamente y de cómo se había mudado á Triana, la fué á visitar, hallándola en compañía de Periandro, que luego conoció al religioso, pero disimulando, vió cómo después de haberlos saludado le dijo á Anarda:

Todos los que ofenden al cielo tienen seguro el castigo, y particularmente aquellos que á las doncellas virtuosas y modestas inquietan; de esto os pudiera decir muchos ejemplos para su crédito; pero ¿qué mayor que el presente, pues, á no venir yo á la sazón, pudiera ser padeciera el alma de vuestro difunto esposo eternas penas? Pero Dios, padre benigno, me trajo á tan buen tiempo, que satisfizo como pudo vuestro honor; para cuyo cumplimiento, señora, yo en su nombre os revalido la palabra que os dió, y juntamente os doy el pésame de su muerte.

Aquí comenzó á hacer grandes sentimientos Anarda, muestras de su amor, á que acudió el religioso con extraños remedios para moderar su pena; en esto estaban cuando se vieron salteados de un tropel de ministros de justicia, que asiendo de Periandro, le llevaron en un coche preso á Sevilla, y á Anarda á casa del asistente, por ser esta la orden que traían, ofreciendo el religioso hablarle é informarle de todo.

Ya á esta sazón doña Juana y Leonisa habían mudado de traje; y habiendo ido á buscar á sus camaradas, no hallándolos, fueron informadas cómo se habían mudado á Triana; y supieron estar Periandro preso, y Anarda en casa del asistente por la muerte de don Antonio. Hizo muchos sentimientos doña Juana así que le dieron tal nueva; muchos mas hizo Leonisa, por no haber conocido á su señora, volviéndose á Sevilla á ver en qué paraban estas cosas.

No se descuidó el religioso de su oferta, pues habiendo vuelto á Sevilla, se fué al asistente, y le dió cuenta de lo que don Antonio le había dicho, y le suplicó fuera servido de librar á Periandro; estando en esta súplica, fué avisado el asistente cómo dos damas embozadas pedían licencia para hablarle, á que respondió luego se les daría, despidiendo al religioso, ofreciéndole haría todo lo posible por servirle. Salió á una antesala, y dando silla á la embozada, oyó que decía:

Mi nombre es doña Juana de Silva; mi patria esta gran ciudad; bien conocidos en ella mis padres por su riqueza y calidad notoria. Mudaron su casa á Segovia por ciertas disensiones que tuvieron con los Almagros, venticuatros muy antiguos, llevándome consigo, bien contra mi gusto, por quedar en ella don Antonio de Leiba, caballero en quien yo había puesto mis pensamientos. Poco mas de dos meses había que en Segovia estábamos, cuando este caballero nos vino siguiendo, en donde proseguimos nuestros amores, con la palabra que me dió de ser mi esposo. Así pasé algunos días, en los cuales se entibió su amor, de suerte que me motivó á sospechar si tenía nuevo empleo; valime de una dama vecina mia, y á esta, declarándole mi pasión, la pedí se sirviera de que en mi nombre le llevara un papel una criada suya, que es la que viene conmigo, á que respondió con mucho despego, por tener empleada su voluntad en esta dama vecina mia, cuyo nombre es Anarda. Aquí refirió doña Juana todo lo que queda dicho, hasta el hallarla con Periandro demudada por la señal del

rostro, y prosiguió: He sabido pues, señor, cómo el caballero que le acompañaba lo ha muerto por lo que á Anarda debía; y pues ha sido tan justo el castigo, me ha parecido informar á vuestra señoría para que como juez piadoso ponga en libertad á este caballero, junto con Anarda, pues tan inocente padece.

Aquí llegaba doña Juana con su relación y súplica, cuando, levantándose el asistente, mandó llamar un escribano para que tomase por testimonio lo que doña Juana decía, y habiéndose hecho, la despidió ofreciéndola haber con mucha brevedad lo que le pedía. Suplicóle doña Juana al asistente le diera licencia de ver á Anarda, y él se la dió, avisando á su mujer para que la recibiera como á dama de su calidad; y siendo avisada que podría entrar, se despidió del asistente, que no la quiso dejar hasta ponerla en el estrado de doña Melchora de Guzman, que este era el nombre de aquella señora, la cual salió á recibirla con Anarda hasta la puerta de la pieza, cortejo debido á señoras de su calidad.

Pasaron grandes pláticas Anarda y doña Juana, en las cuales le dijo cómo de allí á dos noches de su fuga con el malogrado don Antonio se había salido secretamente con Leonisa, que desde su falta había estado en su compañía; y valiéndose de Matilde, ella les había buscado los vestidos y comprado los caballos, habiendo empeñado una rica cadena que doña Juana le había dado, y que no pudiendo sufrir su ausencia Leonisa, y ella la de su Vireno, habían seguido el camino de Sevilla, habiendo primero escrito á un deudo suyo para que las tuviera prevenida posada; el cual le había reprendido su arrojé, pero que se había ofrecido disculparla con su padre para volverla en su gracia.

Mucho se holgó doña Melchora de conocer á doña Juana, por ser muy cercana deudo suya; envió un recado á su deudo diciéndole cómo quedaba en su compañía hasta volver á Segovia, de que don Gaspar, que así se llamaba, recibió mucho contento, ofreciendo ir á cumplir con su obligación. Pasaron las damas muy contentas, y Anarda contó lo que queda dicho que le sucedió con don Antonio en el monte, hasta el haber sido socorrida de Periandro, su agasajo y cortés proceder; y queriendo doña Melchora que aquella tarde fueran en la carroza á divertirse en su compañía, entró un criado del asistente, diciendo á Anarda que su señor la esperaba para dar sentencia en su negocio; alborozada salió, y llegando á su presencia, vió á Periandro junto con fray Alvaro Cruillas y dos caballeros forasteros con la insignia de Alcántara á los pechos, los cuales pidieron al asistente declarara, y él dijo:

Por haber sabido quién es la persona del señor Periandro Colona, esto dijo quitándose el sombrero, y prosiguió, el cual se ausentó de su patria por haber dado la muerte á don Oracio Picolomi, caballero de igual sangre y naturaleza, en desafío con armas iguales, por la cual muerte el Rey, mi señor, lo ha perdonado, como consta por su real consejo, de que estos caballeros, esto dijo señalando á los del hábito, me han hecho

relacion; y habiendo visto que con iguales armas dió la muerte en esta ciudad á don Antonio de Leiba, por ocasion de la señora Anarda de Bustos: con consejo, y usando de la potestad que el Rey mi señor me ha dado, en su nombre declaro y doy por libre al dicho Periandro Colona, junto con Anarda de Bustos, para que hagan lo que les pareciere. Y aquí, mudando la severidad de juez en palabras de amistad, les dijo que su parecer era que Periandro diese la mano á Anarda, la cual con algunas lágrimas se resistió por haber perdido á don Antonio: tanto era el amor que á este caballero tuvo; pero viendo que se lo suplicaba de rodillas Periandro y aquellos caballeros, junto con el asistente, la dió; en

cuyos desposorios se halló doña Melchora y doña Juana, que tambien se desposó con don Gaspar, habiendo primero precedido la dispensacion de su Santidad, volviendo todos cuatro á Segovia, casando Anarda á Leonisa conforme á su estado, y doña Juana socorriendo á Matilde todo lo que duraron sus dias con mucha largueza, gozándose sus padres por ver á su hija tan á su gusto acomodada; tomando posesion Anarda de su herencia por haber probado el cumplimiento de la palabra que don Antonio le dió con fray Alvaro Cruillas, varon ilustre en letras y santidad, haciéndose en Segovia grandes saraos, donde concurió toda la nobleza á cortejar á tan grandes caballeros.

## ARDID DE LA POBREZA,

### Y ASTUCIAS DE VIRENO,

POR DON ANDRÉS DE PRADO, natural de Sigüenza.

ZARAGOZA, imperial y siempre augusta ciudad, corona del fidelísimo reino de Aragon, amparo de las extranjeras naciones, archivo de la justicia, enriquecida con el sin segundo templo que á la reina de los angélicos coros erigió el peregrino Apóstol, patron de la celebrada España, que hoy en un pilar, columna firme á sus vaivenes, benigna le asiste; erario y sublime mausoleo de tantos ilustres mártires, que por ser tantos el número no comprende, ni la aritmética alcanza; patria y madre de venerados santos y de heróicos varones, que con lo prodigioso de sus hechos han hecho inmortales sus nombres; en esta pues por la muchedumbre de mendigos que la inquietan, moscas á todos tiempos de las casas, sin hallar invierno que las ahuyente, se juntaron en las orillas del ya dicho rio cuatro pobres cosarios de toda dádiva, y representantes eternos de la miseria en el teatro de la vida.

Era el uno andaluz, segun decia; este contaba haber estado en Flándes, y que en cierta batalla que tuvo con un tercio de valones sobre un desgarró que tuvieron con el Tiempo, general antiguo de su milicia, se vieron en tanto aprieto, que si él no las socorriera con dos mangas perdidas de su tercio, era imposible escaparlos del rigor del capitán Polilla, enemigo capital suyo, con quien tuvo tanta hinchazon su persona, que aun le duraba en una pierna, columna en quien sustentaba su cuerpo, cuba de Sabagun, siempre respetado por puro, de cuya puridad tenia un ojo tan señalado, que parecia haber nacido en vendimias por criarse tan lagar. Tenia grandes habilidades, pues hacia cantar gallos sin ser media noche, dando con ambas manos y remedando su canto, y esto era para descubrir dónde habitaban las que él no comia, aunque pescaba, por haber nacido tan valiente.

Era el otro un estudiante que habia cursado en Grecia, porque nadie lo entendia, aunque él se entendia demasiado; este contaba que habia estado á pique de ser canónigo, y era tanta verdad, que á no faltarle el dinero, lo hubiera sido por Yepes y Madrigal y la calle de la Harza, tan celebrada de aquel famoso esbribano, afrenta de Morante, y terror de Casanova; gran cofradé

de los pan y vinos, gentileshombres de su estómago; era maravilloso herbolario, y curaba muchas enfermedades del bazo con su cotidiano ejercicio; y si alguno moria, solia decir: Así convino para el descanso de su alma. Llamábase por antonomasia el Dómine, renombre que habia adquirido por su pura severidad.

El tercero, que lo podia ser de cualquiera renegado por sus flores, iba hecho un cajon de sastrero en su persona, por tanta diversidad de remiendos en capa y vestido de diferentes colores; este decia haberse visto en su patria bien acomodado, y no mentia, por haber andado lo mas á caballo por su oficio, que habia sido cochero tan diestro, que por dar una vuelta por las cortinas del coche, sin llevar medias ni vueltas, lo habian puesto de vuelta y media en solfa bien cantada, si mejor entendida de los que le vieron, cuando le cortejaron doscientos cardenales que el papa Correa le envió el día de su mayor lucimiento, por ser persona digna, como constaba, de su compañía, en cuyo día se vistió un jubon, que lo hizo sudar por ajustado, gala que le dejó el talle liso como la palma, gracias á sus hijos, digo los dátiles, que pusieron todo cuidado en su adorno; algunos maliciosos dijeron iban corridos los cardenales; y es que se encendian y mudaban colores, viendo la dicha de este caballero; pero ellos no se fatigaron, que fueron con mucha órden y concierto.

Era el cuarto y último de esta junta una estantigua por lo flaco y figura de la parca; este cantaba, y contaba, por hablar en tiple, que habia sido lucido ingenio en sus verdes años, que el tiempo habia agostado con sus vueltas; decia haberse visto cortejado y requerido, así de damas como de galanes, por haber sido célebre poeta, y de los de nombre, habiendo oscurecido con el suyo á los mas memorables de nuestros tiempos; y á la verdad era un remendon de Helicon, y pato en las corrientes cristalinas de Aganipe.

Estos cuatro pues se habian juntado á decretar el modo que tendrian para sustentarse á costa de la diligencia de los otros pobres, harto mas necesitados que no ellos por sus verdaderos achaques. Dijo el Sargento, que este era el nombre del primero, era su parecer que